

## 2

# EL PROBLEMA DEL PECADO

---

*“Vengan, pues, dice el SEÑOR; y razonemos juntos”.*

---

*—Isaías 1:18*

Ahora vamos a tratar el tema en profundidad. Es muy probable que por momentos sienta cierta turbulencia, por así decirlo, pero no tema. Confíe en que el proceso ha de producir buen fruto, mas antes es necesario remover las piedras de tropiezo que se encuentran en el camino, para así poder avanzar. Hay muchas presuposiciones, basadas en falsas premisas, que nos impiden pensar con claridad. Pero, algo aún más importante, a medida que avancemos recuerde que el propósito de todo esto no es condenar a nadie, aunque por momentos así lo parezca. Recuerde: “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1).

El Maestro nos enseñó que la verdad nos hace libres (Juan 8:32). Yo confío en que nuestro viaje juntos habrá de producir más libertad de lo que esperamos. Por lo tanto, abróchese el cinturón de seguridad y enfrentémonos a la tormenta.

## ¿ES POSIBLE PECAR SIN LA LEY?

¿Es posible pecar sin la ley? ¿Qué es el pecado? ¿Es algo real? Estas parecerían preguntas simples y directas que demandan una respuesta simple y directa. ¿No es cierto? En realidad, todo depende de qué es lo que uno piensa acerca de los mandamientos y la Ley de Dios.

Sabemos que la Ley de Dios nos revela *qué es* el pecado. Esto lo sabemos en parte porque es evidente, pero también porque el apóstol Pablo así lo revela: "...yo no habría conocido el pecado sino por medio de la ley..." (Romanos 7:7). Por lo tanto, podemos estar de acuerdo, basándonos en la Palabra de Dios, en que el pecado existe, y en que es la Ley de Dios la que nos revela *qué es* el pecado.

Sabemos que los no creyentes pecan—unos menos que otros—, pero pecan de todas maneras. Y, dado que nadie nace siendo creyente, podemos incluirnos en esta categoría, al menos hasta el momento de nuestra conversión. ¿Qué ocurre entonces una vez que somos creyentes y pasamos de la muerte a la vida? ¿Puede un creyente pecar? Aquí es donde se complican las cosas.

Nos han enseñado que la Ley de Dios "ha sido anulada". De ser así, es imposible pecar, ya que pecar es desobedecer la Ley de Dios. Por otra parte si decimos que sí es posible pecar, estamos admitiendo que la Ley de Dios—de una u otra manera— no ha "sido anulada" dado que, sin la ley es imposible pecar.

Imagine por un momento una señal de PARE en una intersección. Si la cruzamos sin detenernos, cometemos una infracción. Pero si se quita la señal es posible cruzar la intersección sin cometer una infracción. De la misma manera, si decimos que la Ley de Dios ha sido

invalidada, estamos diciendo que es imposible que un creyente pueda cometer un pecado, por cuanto "...donde no hay ley tampoco hay transgresión" (Romanos 4:15).

Sin embargo, esto sería una barbaridad, puesto que las Escrituras son muy claras. A través de ellas, Dios nos implora que no pequemos. Santiago, en la epístola que lleva su nombre, dice lo siguiente: "Pero si hacen distinción de personas *cometen pecado* y son reprobados por la ley como transgresores" (Santiago 2:9, RV2015). El libro de Hebreos nos informa: "Porque si pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por el pecado" (Hebreos 10:26). El apóstol Juan también escribe: "Todo aquel que permanece en él no continúa pecando. Todo aquel que sigue pecando no lo ha visto ni le ha conocido" (1 Juan 3:6). Finalmente, el Maestro mismo dice: "Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala y échala de ti. Porque es mejor para ti que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno" (Mateo 5:30).

Cómo podemos ver, los versículos anteriores — dirigidos a creyentes— demuestran claramente que un creyente *puede* cometer un pecado. Podríamos entonces concluir que hay tres posibles puntos de vista en relación con el asunto del creyente y el pecado:

Opción A: Creer que como creyentes es posible pecar y que, por lo tanto, debemos permanecer alerta y mantener nuestra pureza, arrepintiéndonos inmediatamente si, o cuando, pecamos. "Hijitos míos, estas cosas les escribo para que no pequen. Y *si* alguno peca, abogado tenemos delante del Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). Este punto de

vista, sin embargo, implica que La Ley de Dios debe —de una u otra manera— seguir teniendo efecto, ya que sin la ley no es posible pecar (vamos a volver a tocar este tema un poco más adelante).

Opción B: Creer que, como la Ley de Dios ha sido anulada, es imposible declarar que un creyente puede pecar. Insisto, es claro que no es así, ya que Dios nos implora a través de las Escrituras que no pequemos.

Opción C: Creer que el pecado es real y que los creyentes no mantienen ninguna obligación con la ley, ya que esta ha sido anulada, sino que nuestra obligación es actuar “moralmente”. Si cometemos un pecado, en realidad no estamos pecando, sino más bien actuando de forma inmoral, ya que la ley ha sido crucificada con Cristo.

Esta última opción, que es un híbrido de las opciones A y B, contiene verdades parciales. Sin embargo, esta opción subordina al intelecto y gesta una postura insostenible, creando un paradigma teológico imposible de reconciliar con las Santas Escrituras.

Además, esta interpretación se acorrala a sí misma y nos fuerza a deshacernos de vastas porciones del Antiguo Testamento, así como de algunos versículos clave del Nuevo. A pesar de esto, muchos cristianos toman esta postura (a sabiendas o no). Es este el punto de vista que vamos a tratar en este libro. Trataremos de desatar este nudo teológico para así poder adoptar una postura teológica de las Escrituras que sea más armoniosa, como la de la opción A.

En el proceso de reconciliar el Nuevo Testamento y el Antiguo, estaremos preparando el camino para poder interpretarlos de una manera más coherente y consistente, dando lugar a que la ley posea un rol apropiado sin menoscabar la gracia o la obra expiatoria de Cristo.

Antes de proseguir, es necesario aclarar que no estamos abordando el tema de la Ley de Dios desde el punto de vista de la salvación, pues las Escrituras claramente demuestran que somos salvos por la gracia, a través de la fe la cual es un don de Dios (Efesios 2:8), y que un entendimiento apropiado de la ley no excluye dicho paradigma. Nuestra meta, más bien, es desarrollar una postura hacia la Ley de Dios que sea más consistente con la de Jesús.

## SED SANTOS

Como hemos visto, es innegablemente claro — basándonos en las Escrituras— que el pecado es real. También es claro que, cuando se presenta la ocasión de pecar, el creyente tiene dos opciones: pecar u obedecer. Es posible ser creyente y pecar, y ser creyente y no pecar. No me refiero a una ausencia tal de pecado que abra de par en par las puertas del cielo y convierta en obsoleta o innecesaria la obra de Cristo en la cruz, sino más bien a la expectativa de una vida que no se deleita en el viejo yo, sino que más bien *se viste del Señor Jesucristo y no hace provisión para satisfacer los deseos de la carne* (Romanos 13:14).

¿Hay pasajes de las Escrituras que apoyen este punto de vista en el que Dios nos llama a *no pecar*? La respuesta es sí.

“Hagan todo sin murmuraciones y contiendas, para que *sean irrepreensibles* y sencillos, hijos de Dios *sin mancha* en medio de una generación torcida y perversa, en la cual ustedes resplandecen como luminare en el mundo”. (Filipenses 2:14-15)

“*Sean, pues, ustedes perfectos*, como su Padre que está en los cielos es perfecto”. (Mateo 5:48)

“El que es injusto, haga injusticia todavía. El que es impuro, sea impuro todavía. *El que es justo, haga justicia todavía*, y el que es santo, santifíquese todavía”. (Apocalipsis 22:11)

“Porque yo soy el SEÑOR, que los hago subir de la tierra de Egipto para ser su Dios. *Serán santos, porque yo soy santo*”. (Levítico 11:45)

“Porque les digo que a menos *que su justicia sea mayor que la de los escribas y de los fariseos*, jamás entrarán en el reino de los cielos”. (Mateo 5:20)

“Después Jesús lo halló en el templo y le dijo: —He aquí, has sido sanado; *no peques más* para que no te ocurra algo peor”. (Juan 5:14)

A esta altura estarás considerando cuán estrictas parecen estas Escrituras. Algunos quizás respondan con un poco de cinismo: “¿Por qué debería de importarme todo esto? ¿Acaso no es simplemente un juego semántico sin aplicación alguna en la vida real?”. En absoluto, pues sabemos por las Escrituras mismas que los pensamientos gobiernan nuestro comportamiento: “Porque cual es su

pensamiento en su mente, tal es él" (Proverbios 23:7). No podemos seguir fingiendo que la manera en que pensamos y entendemos las Escrituras no tiene ningún efecto en nuestro caminar diario. El propósito de volver a considerar las Escrituras y examinar cómo las entendemos, es que podamos desarrollar una perspectiva correcta, por cuanto no es posible construir una torre recta sobre un cimiento desnivelado.

Todo creencia que aceptamos como verdad afecta nuestra manera de pensar y moldea nuestra percepción del mundo. En palabras del psicólogo Jordan Peterson: "Cada vez que te mientes a ti mismo, y cada vez que llevas a cabo una falsedad, perturbas la integridad del sistema nervioso y, en consecuencia, el informe que recibes de este acerca de la naturaleza del mundo se verá distorsionado".<sup>1</sup> Es por esta razón por lo que la verdad tiene un poder tan liberador (Juan 8:32), y por lo que debemos ser cautelosos al aceptar creencias sin ponerlas en tela de juicio, sobre todo aquellas que se filtran como parte de un sistema dogmático de creencias.

Aun si nunca nos detuvimos a considerar estas creencias en el pasado, y *especialmente* si hemos adoptado un rol pasivo en su adopción, lo que creemos en relación con la Ley de Dios y el pecado afecta profundamente nuestra manera de pensar y puede deteriorar de manera catastrófica nuestra vida espiritual, por cuanto estas creencias forman las bases que soportan las columnas de nuestro comportamiento.

Yo entiendo que esta manera de interpretar las Escrituras en las que somos llamados a ser justos, santos,

---

<sup>1</sup> Jordan B. Peterson, "Reality and the Sacred," *YouTube*, 17 de Mayo 2013, [https://www.youtube.com/watch?time\\_continue=4&v=2c3m0tt5KcE](https://www.youtube.com/watch?time_continue=4&v=2c3m0tt5KcE).

perfectos e irrepreensibles —como hemos observado en los versículos anteriores— nos hace pensar que sería mejor hacer un voto de silencio, mudarnos a un monasterio en los Alpes franceses y abstenernos de todo contacto con la civilización. ¡Pero no es así! Nos han vendido una imagen en la que la santidad es inalcanzable y la mundanalidad, inevitable, y esto es una consecuencia directa de una interpretación de las Escrituras que considera fracturadas algunas de sus partes e intrascendentes otras.

Quizás respondas: “¿No estás yendo demasiado lejos con esto? ¿Estás acaso insinuando que podemos y debemos ser libres de pecado en esta vida?”. Lo que estoy diciendo es que esta debe ser nuestra meta clara e inminente. Hemos visto una lista de versículos que nos llaman a ser justos, santos y perfectos. Es la Biblia la que lo dice, no yo.

Hemos aceptado una visión en la que consideramos que es imposible *no pecar*, y hemos reorganizado convenientemente las Escrituras hasta hacerlas concordar con esta cosmovisión. Durante este proceso, hemos relegado dos tercios de las Escrituras a una colección de cuentos “morales” solo aptos para niños. Y tácitamente hemos aceptado este paradigma y lo hemos archivado en los rincones más profundos de nuestra psique, donde se aloja y desde donde extiende sus vástagos y sarmientos hasta gobernar todo pensamiento.

Piense en los últimos cinco sermones que escuchó desde el púlpito. ¿Enfatizaban la gracia o la santidad? Permítame ilustrar este punto. Imagine conmigo que su equipo deportivo favorito está buscando un nuevo entrenador. Luego de varias entrevistas, los gerentes contratan a uno de los candidatos. Este nuevo entrenador, en su primer entrenamiento, reúne a los jugadores y les



dice: “Miren, yo no espero mucho de ustedes. Por favor, olvidense del deseo de ser grandes jugadores, de alcanzar la fama y la fortuna. Estas tonterías ponen un peso muy pesado sobre sus hombros, y yo prefiero que ustedes sean felices. Además, existe una gran posibilidad de perder cada partido, y me sentiría muy mal por ustedes cuando los derrotan. Así pues, disfrutemos cada partido mientras que sea posible. Olvidense de esto de ganar o perder, estemos agradecidos de que al menos podemos participar en el torneo”.

Usted, como seguidor del equipo, me imagino que se quedaría boquiabierto, y exigiría que sustituyeran a este entrenador inmediatamente. Uno quisiera un entrenador que hace soñar a los jugadores y los llena de esperanzas, un entrenador que los ayuda a creer que pueden lograr hasta lo imposible y llegar a ser leyendas del deporte, que pueden lograr todos sus sueños e inspirar a nuevas generaciones de jugadores.

Bueno, el Maestro es ese entrenador. ¿Prestaste atención a los versículos que repasamos anteriormente? Él nos llama a ser justos y perfectos como el Padre en el cielo. Jesús le dijo al joven rico que obedeciera los Diez Mandamientos, que vendiera todas sus posesiones y que donase las ganancias a los pobres. ¡Qué gran desafío!

Ahora bien, algunos maestros bíblicos han sugerido que cuando Jesús hizo este tipo de declaraciones, estaba simplemente valiéndose de un uso retórico con la intención de demostrarnos cuán imposible es actuar de una manera justa, o sea, un juego sádico del gato y el ratón cuya meta es doblegarnos hasta que caigamos de rodillas por nuestra impotencia. ¿Pero es esta la opinión que tenemos de Dios? ¿Más que un uso retórico no sería una mentira? ¿Acaso estamos acusando al Maestro de

establecer falsas expectativas? Por otro lado, cuando se trata de deseos más carnales somos rápidos para declarar: “¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece!” (Filipenses 4:13). ¿Entonces cuál es?

Es más, yo no imagino que el evangelio hubiera avanzado hasta donde lo hizo si Cristo hubiera dicho: “Olvídense de toda esta vaina de mandamientos acá y mandamientos allá. Es más, yo he descendido del Padre para anular la ley hasta la jota y la tilde. Cuando el Padre te vea no te verá a ti, sino a mí, ¡a lo Jacob! Yo voy a crucificar la ley para que no los distraiga más y puedan disfrutar la vida buena”.

¡Qué barbaridad! ¿Pero acaso no es esto en parte lo que hemos estado predicando? ¿No es este acaso el mensaje contemporáneo de la cristiandad? Esto explica por qué somos tan tímidos y pusilánimes. ¿Dónde se encuentra el reto y el desafío que demostró el Maestro cuando volcó las mesas de los mercaderes del templo? ¿Dónde está la justa ira que confronta a quienes pervierten el mensaje con el fin de realzar sus propias tradiciones?

Quizás usted diga: “Bueno, entonces, si podemos ser perfectos y santos y justos, ¿para qué murió Cristo?”. Después de todo, tres veces rogó Jesús al Padre diciendo: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa” (Lucas 22:42). ¿Estamos acaso alegando que fue todo en vano?

¿Quizás un mal cálculo por parte de Jesús? ¡Dios no lo permita! Por cuanto la salvación no sería posible a no ser por la obra expiatoria de Jesús en la cruz, “porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios” (Romanos 3:23).

Pero la obra de la cruz está para permitirnos ser salvos para buenas obras: “Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús *para hacer las buenas obras* que Dios preparó de *antemano* para que anduviésemos en

ellas" (Efesios 2:10). Recordemos que nadie nace siendo creyente; en algún momento toda persona debe pararse cara a cara ante la cruz y aceptar o rechazar la obra expiatoria de Jesús a nuestro favor. No obstante, una vez salvos, somos llamados a buenas obras, santidad y justicia.

¿Pero no dice el apóstol Pablo que somos libres de la ley y que hemos muerto a la ley? Examinemos estas declaraciones para despejar nuestras dudas y así establecer un firme cimiento.